

Las *History Plays* de William Shakespeare y la construcción retórica de la Inglaterra moderna

RESUMEN

*La Inglaterra de la década del 1590 estuvo marcada por un pronunciado sentimiento de optimismo "nacional". La milagrosa victoria sobre la poderosa (aunque, bajo ningún concepto, "invencible") Armada, así como la decisión de finalmente incorporarse a la carrera colonial al otro lado del Atlántico, llevó a los isabelinos al convencimiento de que habían sido llamados a desempeñar un papel determinante en la arena de la política internacional, y que este papel había de estar sustentado en la creación imaginativa de una identidad nacional estable, inalterable y claramente diferenciada del resto de identidades nacionales del continente. Durante este período la identidad nacional "inglesa" no es un concepto plenamente definido, sino más bien una fantasía de comunidad bajo asedio e incesante negociación retórica. En las *History Plays* de William Shakespeare, contribución fundamental a esta nueva identidad nacional imaginada, la nación que emerge es elitista, aristocrática e incluso militarista; esta nación retóricamente construida no se basa en la comunión entre las clases altas, medias y bajas, lo masculino y lo femenino, lo inglés, irlandés, escocés o galés, sino más bien en la corroboración de ciertos valores tradicionales de marcado cariz feudal y caballeresco pertenecientes a un pasado que se rememora con nostalgia.*

*Este artículo pretende aislar las estrategias retóricas, los tropos, mediante los que las *histories* de Shakespeare alimentan la fantasía de una nueva y emergente nación inglesa. Como parte del proyecto de la dinastía Tudor dirigido a construir un mito de ascendencia legítima y de futuro providencial, las *histories* contribuyen al establecimiento de una política oficial diseñada para legitimar la presencia Tudor en el trono. La peculiaridad de este conjunto de diez obras consiste en cómo las dos aproximaciones históricas que en ese momento se encuentran en pleno estado de transición, de la "providencialista" hacia la*

“maquiavélica”, conviven sin que esto represente ninguna contradicción inherente para el bardo inglés. Aunque Shakespeare crea personajes cuyas acciones calculadas contribuyen a alterar el rumbo de la historia inglesa, el dramaturgo aún parece defender una visión de cariz providencialista que, sin duda, le era más adecuada y útil en su empresa de construcción mítica.

La construcción imaginativa de un Nuevo Mundo en la Inglaterra de finales del siglo XVI contribuyó decisivamente a la creación paralela de una “nueva” (o, al menos, “renovada”) nación inglesa. George Brunner Parks, destacado biógrafo de Richard Hakluyt el Joven, el más reconocible promotor de la colonización inglesa en Norteamérica, se refiere a éste como el “portavoz de una nueva Inglaterra” (“the spokesman of a new England”) en sus dos roles principales, el de científico y el de patriota: “the scientist was the apostle of a new learning; the patriot was the spokesman of a new England”¹. Kenneth R. Andrews tampoco duda en exaltar la importancia que el sentimiento nacional reinante en la Inglaterra de finales del dieciséis tras la derrota de la Gran Armada, así como obras promocionales del calibre de las *Principal Navigations* de Richard Hakluyt (1589; 1598-1600), tuvieron en la dirección que este nacionalismo tomaría durante este período:

National sentiment was at this time probably more intense and generally felt than ever before. The sense of national identity and solidarity, sharpened by the conflict with Spain and the naval drama of 1588, was expressed in the successive publication of three great works: Saxton’s atlas of England in 1579, Camden’s *Britannia* in 1586 and Hakluyt’s *Principall Navigations* in 1589. The last of those pointed to a significant shift in the orientation of English nationalism. Formerly anti-French and military, looking to Continental conquest, it was now becoming associated with maritime enterprise and ambition [...]

(1) PARKS, George Brunner. *Richard Hakluyt and the English Voyages*. American Geographical Society, 1928, p. 3.

Hakluyt did more than anyone to integrate and organize the disparate personalities, experiences and aspirations into a movement with a common consciousness and harnessed the horses of nationalism to the chariot of empire.²

Al igual que otros europeos que participaron en el descubrimiento y posterior exploración de América, los ingleses no podían menos que alcanzar, en el proceso, una más clara y definitiva aprehensión de su propia individualidad como “ingleses”, como miembros de la “nación inglesa”, aún a costa de fracasar en la obtención de una mejor comprensión de las gentes y paisajes que este “nuevo” mundo a otro lado del océano abarcaba. En una acertada observación, Richard Marienstrar discute cómo, en la mayoría de los casos, lo que el viajero europeo encuentra al llegar a su destino no es más que un estado diferente, anterior, de su propio proceso evolutivo:

What is discovered at the end of the voyage is not really other worlds: rather, different moments of our own. The voyage brings together places formerly far apart, the far becomes the near, indeed becomes so dangerously near that it invariably proves necessary to recreate familiar distances to separate the far-off world from the world of Christian civilisation.³

Tanto los viajeros como los más sedentarios e imaginativos autores de la literatura acerca del Nuevo Mundo en la Inglaterra de esta época experimentaron este sentimiento a través del cual el distanciamiento de su propia identidad les permitió forjar una identidad nueva. Y esta experiencia, a la larga, contribuyó a la formulación discursiva de un modelo nacional basado en una “nueva” individualidad llamada a relevar a los españoles en el mando del nuevo orden mundial. Una nueva nación

(2) ANDREWS, Kenneth R. *Trade, plunder, and settlement: Maritime enterprise and the genesis of the British Empire, 1480-1630*. Cambridge, 1984, pp. 34-36

(3) MARIENSTRAR, Richard. *New Perspectives on the Shakespearean World*. Cambridge, 1985, p. 163.

emerge de las narrativas sobre el Nuevo Mundo producidas en la Inglaterra isabelina y, en la mayoría de los casos, esta nueva identidad nacional es el único tesoro que los aventureros ingleses obtienen de su viaje. América no fue un descubrimiento de los ingleses, así como tampoco lo fue, en realidad, de los españoles; sin embargo, los viajeros ingleses al Nuevo Mundo se descubrieron a sí mismos, y esta nueva identidad se fundó en una experiencia viajera compuesta a partes iguales de dureza, fracaso, resistencia y capacidad de superación. Peter Burke defiende que la experiencia viajera sirve para instigar un proceso mediante el que el individuo adquiere consciencia de sí mismo, y esto ocurre así porque el viajero se ve necesariamente forzado a experimentar una separación radical del entorno al que está acostumbrado: "The sixteenth century was an age of urbanization. It was also an age of travel, and travel encourages self-consciousness by cutting off the individual from his or her community".⁴

Esta nueva identidad de la que hablamos se construye en referencia a lo "nuevo" y a lo "viejo", lo recientemente descubierto y aquello que ya se conocía de antiguo, el indio y el español. Pero incluso a lo absolutamente familiar, a la "vieja" identidad inglesa, se le reconoce su participación en la constitución de una identidad totalmente nueva: los elementos discordantes de la nación imaginada, los improductivos y los desestabilizadores, los maliciosos y los peligrosos para el resto de la comunidad, pueden ser regenerados, rehabilitados, en una palabra, "purgados", para luego ser reincorporados a la nueva nación. Tal y como Richard Helgerson discute, el distanciamiento de la propia identidad es el precedente necesario para la exitosa construcción de una nación: "To constitute itself as a nation-state, a political or cultural community must distinguish itself not only from its neighbors but also from its former self or sel-

(4) BURKE, Peter. "Representations of the Self from Petrarch to Descartes" (en PORTER, R., ed., *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. Routledge, 1997, p. 22).

ves"⁵. Y este distanciamiento es precisamente lo que nos encontramos en la experiencia narrada por aquellos ingleses que, a finales del dieciséis, lo dejaron todo para embarcarse en la exploración y colonización del Nuevo Mundo.

El mito de una Inglaterra separada, voluntariamente aislada, idéntica sólo a sí misma, aún persiste en nuestros días. Los ingleses se siguen viendo a sí mismos, y el resto de los europeos parecen hacer lo propio, como los "diferentes", incluso los "raros", en el proyecto de construcción europea que se vive en el presente. Los ingleses se caracterizan por mirar a Europa con recelo, siempre con el temor de perder una identidad forjada a través de la historia con esfuerzo y grandes dificultades. Y esto es así porque la identidad inglesa se basó desde un principio en el mito de la "otredad", en un tiempo en el que "Europa" no era más que un sueño sustentado por las ansias de poder de aquéllos que como Carlos V y Felipe II claramente aspiraban al poder absoluto en el contexto mundial. Ahora sabemos que los ingleses, en realidad, no eran tan diferentes, que lo que en realidad buscaban era imitar el denostado proyecto de los Habsburgo, y que cuando hábilmente manejaban el discurso de la diferencia de lo español sabían que, en el fondo, esta "diferencia" no dejaba de ser una estrategia retórica en la que cimentar su ideal nacionalista. Pero esta circunstancia no era relevante para aquéllos encargados de crear el discurso sobre el que fundar la nueva nación inglesa. El ideal nacional, e incluso pseudo-imperialista en esta época, se elaboró sobre los nada estables cimientos del auto-engaño y la vacuidad. Jeffrey Knapp⁶ no duda en declarar que la Inglaterra isabelina consiguió sublimar la noción de ser un imperio "en ninguna parte". No sólo en los textos que sirvieron para promocionar la

(5) HELGERSON, Richard. *Forms of Nationhood: The Elizabethan Writing of England*. Chicago UP, 1992, p. 22.

(6) KNAPP, Jeffrey. *An Empire Nowhere: England, America, and Literature from Utopia to The Tempest*. U of California Press, 1992.

aventura inglesa en el Nuevo Mundo, sino también en toda una pléyade de textos literarios de otra índole publicados en Inglaterra durante este período, la noción de una nación perteneciente a "otro mundo" funciona como un poderoso tropo literario que pretende trascender la sofocante insularidad inglesa. El hecho de que a estas alturas Inglaterra aún no hubiese logrado expandir sus fronteras a través del Atlántico, e incluso el que fuera una isla regida por una mujer sin descendencia que asegurase su continuidad dinástica, nunca se presentaron como factores que pudiesen limitar las aspiraciones de estos escritores de crear una poderosa nación inglesa. Al contrario, en sus escritos estos autores hábilmente emplearon una retórica que convirtió tales limitaciones en pruebas evidentes de la superioridad moral de lo inglés con respecto al resto de sus rivales europeos.

En el discurso creado en esta tradición los logros de índole espiritual se presentan con la capacidad de superar las carencias de tipo material; y esta espiritualidad se transforma en este discurso en un poderoso argumento a favor del irrenunciable destino de Inglaterra como nación imperial. Más aún, el fracaso que repetidamente acompañó las tentativas inglesas de establecer colonias al otro lado del océano se redime, o al menos se compensa, con la creación de narrativas tales como las mencionadas al principio de este estudio. Si bien es cierto que en esta época las bolsas de los ingleses estaban vacías, difícilmente podemos decir lo mismo de una literatura que, ante la escasez material, pudo producir algunos de los más conmovedores retratos de la resistencia, la determinación, y la potencialidad inglesas. La nación proyectada en las narrativas sobre el Nuevo Mundo es siempre diferida, siempre prometida y anticipada, y nunca realizada de forma efectiva. El fracaso y el sacrificio se convierten en estos escritos en características ejemplarizantes que cualquier individuo de la nación inglesa que aspire a la grandeza que a ésta se le supone debe necesariamente imitar y llevar a cabo. Dada la imposibilidad de narrar la obtención de beneficio material, los autores de estos escritos promocionales constantemente inciden en el

valor de un individuo inglés que merece ser alabado sólo por el intento. En muchos casos, las narrativas que nos ocupan llegan a presentar el beneficio material incluso como no deseable, como algo que, una vez obtenido, podría llegar a dañar la espiritualidad que debía distinguir a Inglaterra del resto de las “codiciosas” naciones europeas. William Crashaw exalta esta peculiar visión de la nueva nación inglesa en su conocido sermón de 1610:

Upon these grounds, which I hope are undeniable, I answere more particularly to the present occasion: that first we will take nothing from the Savages by power nor pillage, by Craft nor violence, neither goods, lands nor libertie, much lesse life (as some of other Christian nations have done, to the dishonour of religion). We will offer them no wrong, but rather defend them from it.

Y este aspecto entronca de manera perfecta con la popular propuesta del “mito de los orígenes” avanzada por Peter Hulme⁷: la idea de una emprendedora nación inglesa cuyos miembros habían estado involucrados en aventuras coloniales durante tanto tiempo como el resto de sus competidores europeos pero sin conseguir los éxitos de estos últimos sólo era sostenible si se recurría a la idea de que, en cualquier caso, la expansión meramente material nunca había sido una prioridad para los hijos de la vieja Albión.

Los tropos que conforman el discurso nacional inglés durante este importante período no son exclusivos de la literatura promocional del Nuevo Mundo. Al contrario, estos tropos forman parte de un proceso general de construcción nacional en el que también participaron otros ingleses mucho menos viajados pero, sin duda, mucho más conocidos para el gran público. Especialmente en la década de los 1590, caracterizada en Inglaterra por un sentimiento generalizado de exaltación nacional, los isabelinos llegaron al convencimiento de que habían sido llamados a jugar un papel

(7) HULME, Peter. *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. Methuen, 1986.

decisivo en el contexto internacional, un papel en el que su liderazgo tanto económico como religioso sería un hecho si conseguían forjar una identidad nacional estable e inalterable. Las profundas cicatrices dejadas por una larga y cruenta contienda civil en la centuria anterior, así como los dudosos medios por los que el supuestamente legítimo gobierno Tudor había alcanzado el poder, aún entonces amenazaban la asunción de una estable y diferenciada "nación inglesa". Investigadores tales como el anteriormente citado Richard Helgerson, Claire McEachern⁸ o David Baker⁹ han defendido en sus respectivos estudios monográficos sobre los orígenes de la identidad nacional inglesa que ser "inglés", en esta época, era un concepto cuando menos nebuloso, algo más sugerido que efectivamente realizado. "Lo inglés" difícilmente podía ser citado en este período como una denominación distintiva de identidad nacional, sino más bien como una fantasía de pertenencia a una comunidad en perpetuo estado de negociación. Pero, ¿no es éste el origen de toda identidad nacional? Benedict Anderson, en su ya clásico trabajo sobre la nacionalidad, escribe que las naciones no son más que "comunidades imaginadas", organismos cuyos miembros alimentan la fantasía de una camaradería que necesariamente ha de unirlos: "an imagined political community [...] It is *imagined* because the members of even the smallest nation will never know most of their fellow-members, meet them, or even hear of them, yet in the minds of each lives the image of their communion"¹⁰. En el caso inglés no

(8) McEACHERN, Claire. *The poetics of English nationhood, 1590-1612*. Cambridge UP, 1996.

(9) BAKER, David. *Between Nations: Shakespeare, Spenser, Marvell, and the Question of Britain*. Stanford UP, 1997.

(10) ANDERSON, Benedict. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. Verso, 1991, p. 6. Anderson también reflexiona sobre cómo el nacionalismo pretende anclar sus orígenes en un pasado supuestamente inmemorial, así como proyectarse hacia un futuro preñado de promisión: "If nation-states are widely conceded to be 'new' and 'historical,' the nations to which they give political expression always loom out of an immemorial past, and, still more important, glide into a limitless future. It is the magic of nationalism to turn chance into destiny" (p. 12).

debemos olvidar que en su ensoñada nación, en su sueño de “comunidad imaginada”, algunos de sus presuntos miembros (irlandeses, escoceses y galeses) se presentan como partes integrantes de la misma a la vez que, de forma simultánea, se les excluye de ésta. Así mismo, la incorporación a la nación de tipos característicamente “ingleses” (las clases bajas o incluso las mujeres pertenecientes a la aristocracia) nunca se realizó de forma satisfactoria en estos intentos de delinear un proyecto nacional de garantía. De este modo, tal y como se verá al analizar las obras de William Shakespeare a las que se dedica este estudio, la nación que emerge es elitista, aristocrática, incluso militarista. Es una nación no tanto basada en la comunidad de las clases altas y bajas, de los individuos masculinos y femeninos, de los ingleses, irlandeses, escoceses y galeses, sino más bien en la preservación de unos valores feudales tradicionales pertenecientes a un pasado que se rememora de forma casi nostálgica.

Este estudio pretende identificar las estrategias retóricas mediante las que las *History Plays* de William Shakespeare contribuyen a la fantasía de una emergente nación inglesa de forma paralela a como también lo hacen los escritos promocionales sobre el Nuevo Mundo. Como parte del proyecto Tudor consistente en construir ideológicamente tanto un pasado glorioso como un futuro providencial, las *History Plays* contribuyen a una política oficial dirigida principalmente a legitimar su propia presencia en el trono. No se debe obviar que en este período la historiografía sufre una transformación fundamental, pasando de una visión “providencialista” a otra “maquiavélica” en lo referente a la causalidad en el devenir histórico. La consideración de la continuidad de los acontecimientos históricos como algo basado en un plan divino inalterable dio así paso al análisis de los momentos de cambio en la historia como producto de la agencia humana. En las *histories* de Shakespeare podemos observar cómo estas dos aproximaciones a la historiografía se dan de manera simultánea, algo que también ocurre

en la literatura promocional del Nuevo Mundo: aunque en el conjunto de estas obras Shakespeare dibuja personajes cuyas calculadas acciones alteraron el devenir de la historia inglesa (casos, por ejemplo, de Henry IV, Richard III, e incluso de Henry VII, siendo este último el fundador de la dinastía Tudor), el dramaturgo de Stratford persiste en su defensa de una visión providencialista de la historia, algo que, sin lugar a dudas, le era más útil en su tarea de construcción del mito Tudor¹¹. La idea no era otra que hacer creer que el poder de la monarquía Tudor provenía directamente de la divinidad, una estrategia propagandística de incalculable utilidad para configurar el ideal de nación que tanto a él como a muchos de sus compatriotas les interesaba presentar. Tal y como Jonathan Dollimore y Alan Sinfield han defendido, la ideología que conforma el discurso historiográfico de Shakespeare pretende dar legitimidad a los idealizados individuos de su imaginada nación mediante un habilidoso recurso: hacer que su autoridad derive de una fuente inmutable, inalterable, en lugar de que esta autoridad provenga de la siempre contingente agencia humana.

Seis son los tropos que de manera fundamental dan forma al discurso nacional inglés de finales del XVI y primeras décadas del XVII: legitimidad, corruptibilidad, lengua, providencialismo, alteridad y religión. Como es de suponer tras la discusión que antecede a estas líneas, estos tropos, estas figuras retóricas, son también predominantes en los escritos promocionales sobre el Nuevo Mundo publicados durante este mismo período, y el interés de este artículo se basa en ilustrar cómo el novedoso discurso nacional que nos ocupa contó con muchos y variados apologistas que trascendieron las barreras genéricas.

(11) Dentro de los muchos estudios dedicados a la construcción del mito Tudor en la época destacaría la colección de ensayos recientemente editada por KIRBY FARRELL y KATHLEEN SWAIM, *The Mysteries of Elizabeth I* (Amherst: University of Massachusetts Press, 2003).

Llegados a este punto conviene aclarar que mi estudio no pretende establecer ninguna relación improbable o incluso estrambótica entre la obra de Shakespeare y la de aquéllos que produjeron la literatura promocional sobre el Nuevo Mundo, así como tampoco pretendo defender tan sólo una suerte de analogía temática entre dos géneros bien diferenciados tanto en sus objetivos como en sus audiencias. Las analogías aquí exploradas son tan sólo prueba de un interés compartido, la construcción discursiva de una nueva nación, y no debe entenderse que dichas analogías prueben que Shakespeare y sus coetáneos conscientemente hicieran uso de las estrategias retóricas del otro. La historia es toda una, de una sola pieza, y los individuos que de una u otra forma contribuyen a la construcción de la historia difícilmente pueden abstraerse de las circunstancias, los paradigmas mentales, y las fuerzas ideológicas que rodean y dan forma a su propia existencia.

Legitimidad

En las *History Plays* de William Shakespeare la búsqueda de la legitimidad por parte de sus protagonistas es siempre el tema central. La nación imaginada y proyectada por el dramaturgo inglés debe estar fundada sobre una cabeza visible cuya autoridad sea incuestionable y permanente. En las diez *histories* la legitimidad aparece como una construcción siempre bajo asedio, tanto desde el interior como desde el exterior de la nación. Antes de la llegada al poder de la dinastía Tudor el trono inglés había sido codiciado por numerosos pretendientes, hecho éste que había dado lugar al estallido de innumerables rebeliones. La cuestión de la legitimidad está íntimamente ligada a la de lo apropiado de las cualidades exhibidas por aquéllos que pretendían el tan ansiado trono. Quién es adecuado o no para guiar los designios de la nación hacia la grandeza en ella imaginada es el argumento principal desde el comienzo de *King John*, la más temprana de las obras en lo que se refiere a la cronología

histórica de los reyes que dan nombre a todas las *histories*. Como su propia madre le recuerda casi al principio de la obra, el derecho de John al trono que en ese momento ya ocupa se basa más en la “posesión por la fuerza” que en ninguna legitimidad de tipo dinástico:

Your strong possession much more than your right,
Or else it must go wrong with you and me;
So much my conscience whispers in your ear,
Which none but heaven, and you, and I, shall hear. (I. i. 40-43)¹²

La posesión del trono, lograda y mantenida mediante el uso de la fuerza, es, en principio, de más fácil control que el derecho legítimo (casi “divino”, tal y como se entendía en la época) por parte del gobernante. Así lo entiende el rey francés, enemigo del protagonista de la obra, y esto le anima a formar un poderoso ejército con el que combatir al “usurpador” y establecer al joven Arthur Plantagenet, heredero legítimo, en el trono inglés.

La cuestión de la legitimidad también incita a la rebelión de Richard of York contra el débil Henry VI en la primera tetralogía de las *histories* (1, 2, 3 *Henry VI* y *Richard III*). Richard es el legítimo heredero de Mortimer, el pretendiente al trono al que Henry VI había conseguido mantener a raya. Y, así mismo, la legitimidad se erige en el argumento prioritario de Richmond (futuro Henry VII) en su campaña contra el gran usurpador y reputado monstruo Richard III. En estos últimos casos, al contrario de lo que ocurría en *King John*, los pretendientes al trono inglés hacen referencia a su sangre real con el objetivo de conseguir el apoyo del pueblo. En todas estas instancias nos encontramos con pretendientes ingleses (o, al menos, en parte ingleses) reclamando sus derechos dinásticos frente a otros reyes ingleses. Pero también es cierto que todos estos pretendientes

(12) Todas las referencias a las *History Plays* aquí empleadas provienen de la edición de EVANS, G. B., *The Riverside Shakespeare* (Houghton Mifflin, 1974).

no dudan en recurrir a alianzas con poderes foráneos (principalmente franceses) para asegurarse la “posesión por la fuerza” si se diera el caso de que su legitimidad dinástica no fuera suficiente argumento. Curiosamente, la “nación” que aspiran a construir y cuyo trono pretenden asegurar para sus descendientes se cimenta en la ayuda extranjera, hecho éste que, de una u otra forma, habrá de ser compensado con posterioridad.

Así pues, la legitimidad aparece en estas obras como una construcción basada en una convincente línea de argumentación, es decir, en la habilidad con la que el pretendiente de turno diseña, elabora, y defiende su caso, más que en el derecho dinástico que el aspirante al trono realmente posea. En algunas ocasiones vemos cómo el heredero aparentemente legítimo es incapaz de asegurar el apoyo de ciertos personajes muy influyentes en la corte debido al rencor que afrontes del pasado habían provocado en estos últimos. En estos casos, los sentimientos personales se sitúan por encima de las tradicionales leyes de sucesión al trono. Un buen ejemplo de este supuesto lo encontramos en *Warwick*, en *3 Henry VI*, quien se rebela contra Edward, el monarca al que él mismo había ayudado a subir al trono y cuya legitimidad dinástica había defendido apasionadamente, por motivos puramente personales:

I was the chief that rais'd him to the crown,
And I'll be chief to bring him down again;
Not that I pity Henry's misery,
But seek revenge on Edward's mockery. (III. iii. 262-265)

El deseo de venganza, pues, se antepone a la aceptación del monarca legítimo, y esto mismo queda patente cuando Clifford, en la misma obra, se niega a reconocer el derecho legítimo de York al trono por haber sido éste el asesino de su padre.

El tropo de la legitimidad y de lo importante de su manejo también nos lo topamos fuera de los límites marcados por el territorio inglés. Dos claros ejemplos vienen a nuestra mente de

forma inmediata: la pretensión de Henry V al trono francés en la obra de su mismo nombre, y la del Dauphin al trono inglés en *King John*. Henry muestra su gran prudencia al hacer que el arzobispo de Canterbury, máxima autoridad religiosa en el país, establezca que el derecho del monarca inglés a liderar sus tropas contra Francia está fuera de toda duda, algo absolutamente necesario si tenemos en cuenta la férrea oposición que esta empresa podría hallar incluso entre sus propios súbditos ingleses si la legitimidad de la acción fuera en algo cuestionable. En *King John* el Dauphin francés se deja convencer por Pandulph, emisario del Papa, de sus posibilidades de conseguir el trono inglés, y el pretendiente francés no renuncia a esta supuesta legitimidad ni siquiera cuando Pandulph se arrepiente e invierte los términos de su argumentación previa. Una vez más, el recurso a la legitimidad (o al tradicional derecho de sucesión dinástica) cede ante los intereses personales, las ambiciones, del pretendiente. Y una vez más la legitimidad se presenta en las obras más como una construcción cultural que como algo dado por naturaleza.

En las *histories* el establecimiento del derecho legítimo de un pretendiente a la corona se relaciona de forma directa con la deslegitimación del monarca que en ese momento ostenta el poder. Y en este proceso deslegitimador, tal y como ocurría con su inverso, la habilidad en el manejo de la retórica en el discurso es fundamental. Bolingbroke (futuro Henry VI) logra su ascensión a un trono inglés ocupado por un monarca legítimo, Richard II, pero antes de esto el pretendiente se asegura de liderar una campaña tras la que el maleable pueblo no puede sino dudar de la legitimidad de su rey. De este modo, Richard es obligado a reconocer públicamente los crímenes de los que ha sido acusado incluso tras su abdicación "voluntaria" en favor del pretendiente Bolingbroke. Aún más, el monarca depuesto es sometido a la humillación del pueblo al mismo tiempo que contempla cómo este mismo pueblo, antes suyo, aclama al usurpador de su trono. En *Richard III* el habilidoso Gloucester

envía a Buckingham a las calles de Londres con el fin de que este último propague falsos rumores sobre el origen ilegítimo de Edward, algo que a ojos del pueblo lo hará aparecer como el legítimo sucesor de su difunto hermano. York, en *2 Henry VI*, tampoco duda en enviar al rebelde John Cade para que éste pulse el apoyo popular a su causa, a la vez que instiga una rebelión destinada a debilitar la supuesta legitimidad de Henry VI como monarca.

El rumor es fundamental para la estrategia de los pretendientes cuyo derecho al codiciado trono es más que cuestionable. Por medio del rumor (o, como en el caso de Gloucester, a través de estratagemas actanciales dignas del mejor actor) estos débiles aspirantes consiguen invertir los términos de legitimidad en los que tanto ellos como sus rivales basan sus pretensiones al trono inglés. De este modo, la fuente de la que la legitimidad al trono mana en la mayoría de las *history plays* de Shakespeare se mueve de la tradicional ascendencia, bien por vía de la sangre o por medio del matrimonio, hacia el reino de las estrategias discursivas que se emplean para dar forma tanto a la individualidad propia como a la del "otro". Y no deja de ser ésta una de las mayores preocupaciones de los autores de la literatura promocional del Nuevo Mundo que utilizamos como paralelo: gran parte de su esfuerzo narrativo se emplea en establecer el derecho legítimo de Inglaterra a ocupar los territorios ultramarinos nuevamente descubiertos, así como en presentar España como el ilegítimo poseedor de territorios de los que debe, a toda costa, ser desplazado. En ambos casos, en las obras de Shakespeare y en la literatura promocional del Nuevo Mundo, lo más importante no es el principio de legitimidad en sí, sino la habilidad del pretendiente al crear el discurso apropiado para que otros no cuestionen la legitimidad así fabricada.

Sin embargo, tal y como Shakespeare pone de manifiesto en la última de sus *history plays*, *Henry VIII*, la llegada al trono de la dinastía Tudor necesariamente habría traído un cambio cua-

litativo en cómo la cuestión de la legitimidad se imbricaría con la formación de la nueva nación inglesa. El derecho de Elizabeth a sentarse en el trono había de ser incuestionable, y no un factor dependiente de aspectos discursivos. Y esto es exactamente lo que Cranmer, arzobispo de Canterbury, profetiza en la ceremonia del bautizo de la futura reina virgen (V. iv. 17-62). En el caso de Elizabeth no sólo el tradicional derecho sucesorio, sino también, y quizás de manera aún más importante, su afamada virtud sin mácula (representada por su virginidad) servirán para asegurar tanto su "derecho" como su "posesión por la fuerza" de la corona. El bardo inglés nunca apunta en esta obra que la legitimidad de Elizabeth podría ser también dudosa o, por lo menos, de ambigua interpretación; pero es posible que las propias dudas del autor a este respecto expliquen por qué nunca se arriesgó a usar a la reina inglesa como protagonista principal de ninguna de sus obras. Irónicamente, el hecho de que en todas las otras instancias mencionadas el principio de legitimidad se presente siempre como algo inestable y, en principio, reversible hace que la supuestamente incuestionable legitimidad de la propia Elizabeth se quede en tan sólo una fantasía. Y de este mismo modo las estrategias empleadas en el discurso promocional inglés para presentar a España como la ilegítima ocupante del Nuevo Mundo sólo podían dar fe de lo inestable e inseguro del propio derecho de los ingleses a hacer lo mismo.

Corruptibilidad

Una de las más recurrentes acusaciones vertidas en los escritos promocionales del Nuevo Mundo, así como en otras obras de la época tales como *A View of the Present State of Ireland* de Edmund Spenser¹³, es aquella en la que la corrupción, la

(13) SPENSER, Edmund. *A View of the Present State of Ireland*. (Ed. W. L. RENWICK). Oxford U P, 1970 [1633].

degeneración del individuo, pone en serio peligro el proyecto de construcción nacional. Para lograr el establecimiento de una identidad nacional con un carácter firme y diferenciador, el individuo que está llamado a integrar dicha nación debe quedar fijado dentro de unas fronteras claramente definidas. Una vez conseguida la deseada definición de nación, cualquier desviación de la norma establecida necesariamente ha de ser purgada y destruida, con la consiguiente adopción de una serie de valores asumidos que sirvan para marcar al individuo corrupto como ajeno a la cultura de la que proviene y, lo que es más importante, para establecer su pertenencia a otro sistema cultural que amenaza la estabilidad del original. Para que el individuo haya llegado al estado de corrupción que se denuncia es necesario que, con anterioridad, este individuo hubiese "pertenecido" al sistema que se considera normativo o canónico, y es precisamente esa "norma" la que estos autores señalan como constitutiva de la auténtica identidad nacional. Si un individuo inglés "degenera" en indio (tal y como se acusó de haber hecho a muchos europeos en este período), la consideración hacia éste es aún inferior que la mostrada hacia el propio indio, ya que el europeo ha renunciado a los valores de la que se considera una cultura superior; y el mismo argumento se emplea si un individuo inglés "degenera" en irlandés, tal y como muchos integrantes de la primera oleada inglesa de colonización (los denominados "old English") habían hecho a ojos de aquéllos que preconizaban una segunda oleada colonizadora sobre Irlanda. Cualquiera que habiendo nacido "inglés" renunciara de forma voluntaria a tal privilegio sirve para estos autores como ejemplo de corrupción imperdonable en la nueva nación.

Las *histories* de Shakespeare tampoco son ajenas a esta línea argumental. En repetidas ocasiones la corrupción del individuo perteneciente por ascendencia a la nación proyectada se presenta como una de las mayores amenazas para la estabilidad de este imaginado sentimiento nacional. La corrupción individual se ofrece como ejemplo de lo anti-inglés, como una desviación

del ideal de nación y, por lo tanto, se anima a su erradicación como medio para reforzar la identidad nacional. En las *histories* Shakespeare presenta la corrupción del monarca y de las clases gobernantes como la más dañina, siendo ésta una muy seria amenaza para la obtención y mantenimiento de la tranquilidad y el estado de bienestar que la nación precisa para florecer. Richard III es acusado de corrupto por el fundador de la dinastía Tudor, Henry VII:

For what is he they follow? Truly, gentlemen,
A bloody tyrant and a homicide;
One rais'd in blood, and one in blood established;
One that made means to come by what he hath,
And slaughtered those that were the means to help him;
A base foul stone, made precious by the foil
Of England's chair, where he is falsely set;
One that hath ever been God's enemy. (V. iii. 245-252)

La corrupción de Richard viene predeterminada por su cuerpo deforme, algo que a ojos de sus muchos enemigos es también reflejo de su deformada psique. Henry IV utiliza un argumento muy similar contra Richard II, a quien las lisonjas de sus falsos consejeros, así como su propia ambición personal, han llevado a manchar el linaje del que honorablemente descendía. La tiranía se convierte en un recurso casi literario para metaforizar la corrupción del monarca, algo que lo inhabilita para ocupar el trono sobre el que se sienta. En definitiva, esta mácula se dibuja como un tumor que debe ser extirpado a cualquier coste. Tanto es así que la rebelión contra el gobernante tiránico se justifica en muchas de las obras como el único medio de curar la enfermedad que afecta al cuerpo nacional.

Sin embargo, en ocasiones la rebelión se dirige contra un monarca que de manera legítima ocupa el trono y, en estos

casos, esta misma rebelión es la forma de corrupción que la nación, para garantizar su continuidad, debe erradicar. Henry V, tras descubrir el complot de tres de sus nobles contra su propia vida, lamenta que la naturaleza de sus más allegados haya degenerado hasta esos límites:

What shall I say to you, Lord Scroop, thou cruel,
Ingrateful, savage, and inhuman creature? (II. ii. 94-95)

Paralelamente a lo que ocurre en la literatura promocional, la corrupción se asocia al salvajismo, a la carencia de valores humanos, a características que no pueden tener cabida en la incipiente entidad nacional. En *Henry V* Shakespeare hace que esta corrupción sea inevitablemente descubierta y sancionada para salvaguardar así el bienestar de su nación.

La degeneración hacia un estado de corrupción es probablemente el mayor peligro que todos estos autores ven en su proyecto de construcción nacional. El cáncer que nace y consigue sobrevivir dentro del propio cuerpo es infinitamente más temible que aquél procedente del exterior. En *King John* el bastardo Faulconbridge cierra la obra con un emocionado canto a la imposibilidad de que Inglaterra sea conquistada, a no ser que esta conquista se fragüe desde el interior de la propia nación:

This England never did, nor never shall,
Lie at the proud foot of a conqueror,
But when it first did help to wound itself. (V. vii. 112-114)

Y esto mismo es lo que el fiel John of Gaunt, desde su lecho de muerte, le reprocha a Richard II:

This royal throne of kings, this sceptred isle,
This earth of majesty, this seat of Mars,
This other Eden, demi-paradise [...]
This land of such dear souls, this dear dear land,
Dear for her reputation through the world,

Is now leas'd out—I die pronouncing it—
 Like to a tenement or pelting farm.
 England, bound in with the triumphant sea,
 Whose rocky shore beats back the envious siege
 Of wat'ry Neptune, is now bound with shame,
 With inky blots and rotten parchment bonds;
 That England, that was wont to conquer others,
 Hath made a shameful conquest of itself. (II. i. 40-68)

Una nación exenta de corrupción, la Inglaterra de los Tudor (y, sobre todo, la Inglaterra de Elizabeth), es el espejo en el que la nueva Inglaterra podría contemplar con optimismo su “ilimitado futuro” (utilizando la terminología de Benedict Anderson). Sería ésta una Inglaterra cuyos habitantes podrían hacer frente común ante el enemigo del exterior sin tener que preocuparse por el enemigo que a veces anida en el interior.

Dos ejemplos finales sirven para ilustrar aún más a fondo el modo en el que este recurrente tropo contribuye a la consolidación de la identidad nacional en la *histories* de William Shakespeare. El primero aparece en *Henry VIII*, en el momento en el que el cardenal Wolsey acaba siendo acusado de haber violado una de las leyes del reino, el “statute of praemunire”, al haber hecho uso de secretos de estado para obtener favores personales en Roma. En este caso específico lo transgredido son barreras de política nacional, lo que constituye motivo suficiente para justificar la destitución del poderoso cardenal y su pérdida del favor real. El segundo ejemplo, el de Mortimer en *1 Henry IV* es, si cabe, aún más revelador: a Mortimer se le acusa de alta traición por haberse unido en matrimonio a la hija del galés Glendower. A Mortimer se le estigmatiza y castiga no sólo por haberse casado con la hija de un enemigo de la nación, sino porque, al hacerlo, él mismo se ha transformado en el enemigo. Los ingleses consideran a Mortimer como un mago y, así, su metamorfosis en galés inmediatamente se asocia a un acto de nigromancia. Un matrimonio que no es afín a los intereses de la

nación imaginada es así convertido, por los “magos” del discurso nacional, en una ventana hacia la corrupción.

Lengua

La nación se construye fundamentalmente a través de la lengua. La uniformidad lingüística permite una comunicación fluida y carente de ambigüedad, a la vez que sirve para diferenciar claramente lo “nacional” de lo “foráneo”. En su ya mencionada *View*, Spenser muestra su absoluto rechazo hacia aquellos “old English” que voluntariamente habían renunciado a su lengua materna abrazando la “corrupta” lengua de los irlandeses. También la literatura promocional del Nuevo Mundo contiene recurrentes referencias a cómo la lengua, el idioma común, es un elemento unificador de primordial importancia para garantizar el éxito de la nación como agente colonizador en América: a los indios se les fuerza a aprender y hablar la lengua del colonizador para así asegurar la eficacia del proceso colonial. A Shakespeare tampoco se le escapa lo clave que la lengua es para la nación emergente, y no escatima referencias al uso de la lengua vernácula como una fuente esencial de “Englishness”. En *Richard II* Mowbray, condenado al destierro, lamenta que este castigo le prive de usar su “inglés”, algo que no duda en asociar con la pérdida de su propia identidad nacional. Según sus propias palabras, Mowbray ha sido condenado a una “muerte sin habla” (“speechless death”):

The language I have learnt these forty years,
My native English, now I must forgo.
And now my tongue's use is to me no more
Than an unstringed viol or a harp,
Or like a cunning instrument cas'd up,
Or being open, put into his hands
That knows no touch to tune the harmony.
Within my mouth you have enjail'd my tongue,
Doubly portcullis'd with my teeth and lips,

And dull unfeeling barren ignorance
 Is made my jailer to attend on me.
 I am too old to fawn upon a nurse,
 Too far in years to be a pupil now.
 What is thy sentence [then] but speechless death,
 Which robs my tongue from breathing native breath? (I. iii. 160-173)

Para Mowbray, esta privación del uso de la lengua materna constituye también una privación de conocimiento, la herramienta esencial que debe contribuir a la formación de la nueva identidad nacional¹⁴. Es también interesante observar cómo para Mowbray el alejamiento físico de su patria que el destierro conlleva no parece afectar su identidad como “inglés” en la medida que sí lo hace la imposibilidad de usar la lengua de su nación. La identidad nacional, para Mowbray, se funda enteramente en el idioma nacional, en lo que él mismo denomina el “aliento nativo” (“native breath”).

En *1 Henry IV* el personaje que mejor ejemplifica el heroísmo nacional, Hotspur, pone en solfa la autenticidad de la identidad nacional de su aliado, el galés Glendower. Sin embargo, este último rechaza tal insinuación y reclama su derecho a asumir tal identidad basándose, cómo no, en su capacidad de hablar el idioma inglés de forma incluso más correcta que su hasta entonces amigo:

I can speak English, lord, as well as you,
 For I was train'd up in the English court,
 Where being but young I framed to the harp
 Many an English ditty lovely well,
 And gave the tongue a helpful ornament,
 A virtue that was never seen in you. (III. i. 119-124)

(14) En la *View Spenser* pone en labios de Eudoxus algunas de las líneas más conocidas en la literatura colonial inglesa a este respecto. Para Eudoxus, al igual que para Mowbray en la obra de Shakespeare, el adecuado manejo del conocimiento es fundamental para una nación destinada a convertirse en imperio: “the poet says that the wise man shall rule even over the stars, much more over the earth” (p. 2).

Las palabras de Glendower adquieren un significado aún más relevante para nuestra discusión si tenemos en cuenta su procedencia: alguien que en la obra se presenta como enemigo de la nación inglesa muestra su orgullo de poder manejar la lengua inglesa. De este modo Shakespeare parece querer agrandar el prestigio internacional de la lengua nacional, ofreciendo en sus obras momentos como éste en los que individuos no ingleses alaban las virtudes del idioma inglés e incluso muestran su orgullo por haber contribuido a su embellecimiento.

La lengua inglesa se ofrece como alternativa única para la nueva nación. Se insta a la superación del colonialismo lingüístico sufrido por Inglaterra en las centurias precedentes y se aboga porque el idioma de la nueva nación pase ahora a convertirse en el colonizador. En las *histories* de Shakespeare estas otras lenguas que en el pasado habían colonizado Inglaterra pasan a un segundo plano y se celebra el uso predominante de la lengua nacional. En *Henry VIII* el cardenal Wolsey se acerca a Katherine, esposa de origen español repudiada por el monarca inglés, en términos aparentemente amistosos y lo hace empleando el latín para ello. El resultado es que la reina percibe de forma inmediata las intenciones poco solidarias del ladino cardenal, llegando incluso a ordenarle que para dirigirse a ella sólo emplee la lengua inglesa:

O, good my lord, no Latin;
I am not such a truant since my coming,
As not to know the language I have liv'd in.
A strange tongue makes my cause more strange, suspicious;
Pray speak in English. (III. i. 42-46)

De forma muy similar, en *Henry V* Katherine of France censura a su pretendiente, Henry, por usar el "fausse" francés en su cortejo en lugar de emplear su lengua nativa, el inglés (una lengua que, con anterioridad a esta escena, la habíamos visto estudiar con su dueña). Tanto el latín, reminiscencia de la conquista romana de Inglaterra, como el francés, recuerdo de la invasión normanda de 1066, son finalmente sobreseídos por el inglés. La nación que

durante generaciones había estado sometida a uno u otro tipo de colonización lingüística es ahora imaginada como lo suficientemente madura para convertirse en colonizadora ella misma.

Pero la dicotomía “inglés” / “no inglés” dista mucho de ser la única operativa en las *histories*. Incluso dentro de los propios confines de lo “inglés” observamos un proceso mediante el cual aquél con la capacidad de dominar la lengua inglesa en todas sus vertientes está destinado a triunfar en la nueva nación. Prince Hal, en la segunda tetralogía (*Richard II*, *1 Henry IV*, *2 Henry IV* y *Henry V*), constituye un magnífico ejemplo de este triunfo lingüístico predeterminado. Durante todo el período de aprendizaje encaminado a convertirlo en el futuro rey de Inglaterra (Henry V), Hal no duda en sacrificar su reputación personal y la estima de sus futuros súbditos a cambio de conseguir el dominio total de un lenguaje que, a la larga, le permitirá convertirse en uno de los más afamados y respetados monarcas de la isla. Hal “desciende” a las cavernas del idioma y se relaciona con personajes de la más cuestionable calaña, llegando así a familiarizarse con el habla de la taberna, el del hampa, el de la rebelión, en una palabra, el habla de Falstaff y su mundo. El monarca que pretenda asumir su cargo con total garantía de éxito no sólo debe manejar el inglés de la corte, sino también el que sus súbditos emplean en la calle, incluso aquél que sirve para derrocar a reyes. La unión de ambos lenguajes, así pues, se ofrece a la audiencia de estas obras como la combinación ideal para la clase gobernante de la nueva nación imaginada. Warwick, más agudo que el propio Henry IV en la observación que hace del futuro rey, hace referencia a este aspecto del comportamiento de Hal haciéndose eco de lo que el propio príncipe había expresado a la audiencia unos momentos antes:

The Prince but studies his companions
Like a strange tongue, wherein, to gain the language,
'Tis needful that the most immodest word
Be look'd upon and learnt, which once attain'd,
Your Highness knows, comes to no further use

But to be known and hated. So, like gross terms,
 The Prince will in the perfectness of time
 Cast off his followers, and their memory
 Shall as a pattern or a measure live,
 By which his Grace must mete the lives of other,
 Turning past evils to advantages. (*2 Henry IV*, IV. iv. 68-78)

Este magisterio de todas las variedades del lenguaje hablado por sus súbditos es lo que permitirá al futuro Henry V conocer la disposición de sus soldados en un momento tan crítico como el vivido en la víspera de la decisiva batalla de Agincourt. El "little touch of Harry in the night" (*Henry V*, IV. Chorus, 47) es lo que garantiza la victoria de Henry, en claro contraste con un Richard II que acaba siendo derrocado debido a un uso de la lengua tan formal y ritualista que le inhabilita para escuchar las voces de descontento de sus súbditos.

La lengua no sólo aparece en las obras estudiadas como un mero elemento de comunicación, sino también como un fundamental instrumento de conocimiento. Y el conocimiento es también una importante vara de medir en el proceso de definición de la nueva nación. A pesar de los innumerables defectos que taran su carácter y que finalmente lo llevan a la pérdida del favor real, en *Henry VIII* el ya mencionado cardenal Wolsey obtiene la redención final no sólo a través del arrepentimiento¹⁵, sino también gracias a los méritos que otros

(15) Wolsey también parece ser redimido ante la audiencia al final de la obra gracias a su recomendación de servir a la nación de forma leal y desinteresada. En 1621 Robert Cushman, en un sermón leído frente a una congregación de colonos en Nueva Inglaterra, advierte a éstos de los peligros de anteponer el interés personal al de la nación:

It is reported, that there are many men gone to that other Plantation in Virginia, which whilst they lived in England, seemed very religious, zealous, and conscionable (sic.), and have now lost even the sap of grace, and edge to all goodnesse; and are become meere wordlings: This testimonie I beleeve to be partly true, and amongst many causes of it, this selfe-love is not the least. (*A Sermon Preached at Plimmoth in New England, December 9. 1621*, p. 11)

personajes le atribuyen en su contribución a los progresos educativos de Inglaterra durante su mandato. Griffith, el fiel sirviente de la reina Katherine, hace ver a su señora que, teniendo toda la trayectoria del personaje en cuenta, el servicio de Wolsey al país ha sido positivo:

ever witness for him
 Those twins of learning that he rais'd in you,
 Ipswich and Oxford! one of which fell with him,
 Unwilling to outlive the good that did it;
 The other (though unfinish'd) yet so famous,
 So excellent in art, and still so raising,
 That Christendom shall ever speak his virtue. (IV. ii. 57-63)

Según Griffith, la virtud adquirida por haber llevado a la nación a tal nivel de progreso educativo hará que todos los vicios del cardenal acaben siendo olvidados. Sin embargo, la carencia de este interés por la educación y el conocimiento hará que el individuo esté predestinado a fracasar en la nación proyectada. En *2 Henry VI* el plebeyo Jack Cade instiga la rebelión del pueblo contra su monarca. Su éxito inicial, no obstante, es presentado por Shakespeare como inocuo para el bienestar de la nación debido a la extremada ignorancia de este líder. Las leyes propuestas por Cade y sus seguidores para dirigir la nación una vez conseguida la victoria son de una naturaleza tan absurda y poco práctica que no pueden sino dar testimonio de cuán inofensiva es la revuelta en su conjunto. A una de sus víctimas, Lord Say, los rebeldes le dirigen acusaciones tales como:

Thou hast most traitorously
 corrupted the youth of the realm in erecting a grammar
 school; and whereas, before, our forefathers had no
 other books but the score and the tally, thou hast
 caus'd printing to be us'd, and, contrary to the King,
 his crown, and dignity, thou hast built a paper-mill. It
 will be prov'd to thy face that thou hast men about thee

that usually talk of a noun and a verb, and such
abominable words as no Christian ear can endure
to hear. (IV. vii. 32-41)

Cuando el rodearse de asesores que “hablan de nombres y de verbos” (l. 39) constituye uno de los principales argumentos para acusar a este noble de alta traición, cuando el mero uso correcto del lenguaje y la preocupación por aumentar el nivel educativo de la nación se ven de forma tan negativa como ridícula, ninguna rebelión puede triunfar. Y éste es el caso en la obra de Shakespeare: al final, la fácilmente maleable muchedumbre acaba cediendo ante aquéllos que estiman más el uso adecuado del conocimiento y a Cade se le relega a lamentarse por lo ineficaz de su liderazgo.

Providencialismo

Tal y como ocurre en la inmensa mayoría de las narrativas promocionales del Nuevo Mundo, en las *histories* de Shakespeare se imagina una nación inglesa privilegiada por el favor divino, elegida por Dios para llevar a cabo todas aquellas empresas en las que sus rivales europeos habían fracasado hasta ese momento. Durante este período la práctica historiográfica en Inglaterra estaba en transición de la tradicional consideración providencialista de la causación histórica a la noción maquiavélica de un devenir histórico condicionado por las acciones de un hombre en posesión de su propio destino¹⁶. Cuando en *Henry V* el monarca inglés descubre la ya menciona-

(16) Para ampliar la información sobre cómo este cambio en la aproximación histórica acontecido en esta época se refleja en la obra de William Shakespeare se recomienda la consulta de las siguientes obras: RACKIN, Phyllis, *Stages of History: Shakespeare's English Chronicles* (Cornell U P, 1990), PATTERSON, Annabel, *Reading Holinshed's Chronicles* (University of Chicago Press, 1994), y HOLDERNESS, Graham et al., *Shakespeare: The Play of History* (University of Iowa Press, 1988). Para lo referente a la función ejemplarizante de la historia ver HAMPTON, Timothy, *Writing from History: The Rhetoric of Exemplarity in Renaissance Literature* (Cornell U P, 1990).

da conspiración de tres de sus nobles contra su persona no duda en emplear el tropo “providencialista” para elevar el espíritu de aquéllos que sí lo van a seguir fielmente en su campaña contra Francia:

Now, lords, for France; the enterprise whereof
 Shall be to you as us, like glorious.
 We doubt not of a fair and lucky war,
 Since God so graciously hath brought to light
 This dangerous treason lurking in our way
 To hinder our beginnings. We doubt not now
 But every rub is smoothed on our way. (II. ii. 182-188)

Henry, modelo de gobernante propuesto por Shakespeare para el trono de la nueva nación inglesa, no se desprenderá de este recurso retórico a lo largo de toda la empresa. Tras la brillante e inesperada victoria en Agincourt, Henry atribuye tan milagroso éxito no a los valientes soldados ingleses a los que previamente había arengado en el famoso discurso del Día de San Crispín, sino enteramente a la benevolencia de la divinidad con su nación:

Take it, God,
 For it is none but thine [...]
 And be it death proclaimed through our host
 To boast of this, or take that praise from God
 Which is his only [...]
 God fought for us. (IV. iii. 111-120)

Esta idea de que la providencia divina rige y guarda el destino de Henry garantiza que el suyo sea un reinado exitoso y modélico, aunque también le priva de cierto interés histórico. Parece como si Henry fuera menos héroe debido a esta suerte de predestinación al triunfo. Por otro lado, ¿qué más se puede pedir?: el tener a Dios de su parte no deja de ser una inestimable garantía para asegurar (y promocionar) la estabilidad y triunfante progreso de la nueva nación inglesa.

Richmond, el futuro Henry VII, comparte este optimismo fundado en el destino providencial de la nación durante su victoriosa campaña contra el tirano Richard III. Ya hemos abordado la manera en la que el primer monarca Tudor reviste de legitimidad su cuestionable campaña haciendo uso retórico de la deshumanización de su adversario, a la par que también mediante un excelente uso de la retórica construye una imagen de sí mismo como el legítimo heredero del trono inglés. Richmond, en este último aspecto, también recurre al argumento de que Dios es su guía y el garante de su victoria final sobre el diabólico Richard:

God and our good cause fight upon our side;
The prayers of holy saints and wronged souls,
Like high-rear'd bulwarks, stand before our faces. (*Richard III*, V. iii. 240-242)

De este modo, la nueva dinastía que aún en época de Shakespeare se sienta en el trono inglés y con la que, según los planteamientos del bardo, la nueva nación ha de florecer, encuentra su consolidación definitiva en el momento en el que su destino providencial finalmente se cumple en Bosworth Field.

Las *histories* están plagadas de profecías. En casi la totalidad de estas obras nos encontramos con personajes capacitados para vislumbrar el futuro y cuyas profecías siempre terminan por cumplirse. Queen Margaret (*Richard III*), Exeter (*3 Henry VI*), Carlisle (*Richard II*) y Cranmer (*Henry VIII*) anticipan el éxito o el fracaso de las acciones de otros personajes de tal manera que el argumento de las obras es casi siempre predecible. Sin embargo, su carácter predecible no puede ser considerado un aspecto negativo de las *histories* si tenemos en cuenta su función propagandística en aras de contribuir a un proyecto de formación nacional. Al contrario, en una nación interesada en defender la poderosa noción de su destino providencial, lo predecible es siempre garantía de estabilidad. Las maldiciones de los personajes arriba mencionados no van dirigidas aleato-

riamente, sino que recaen en aquéllos a los que la divinidad ha predestinado para el fracaso. Tener la divina providencia de su lado (tal y como los Tudor y los primeros Estuardo proclamaban durante los sucesivos reinados de sus dinastías) no dejaba de ser una manera inteligente de mantener a raya la posibilidad de descontento e inestabilidad.

Alteridad

La formación y definición de la nación, tal y como hemos visto, depende tanto del establecimiento de unos rasgos que ésta idealmente debe poseer como de la oposición de estos rasgos a los de un "otro" a veces definido con tenues pinceladas. La identidad nacional se construye en la medida en la que ésta se contrasta con lo que "no" es. En la literatura promocional del Nuevo Mundo lo "inglés" es lo "no indio", lo "no irlandés", lo "no español". En las obras de Shakespeare también nos encontramos con la alteridad como medida de lo no inglés, de aquellos rasgos culturales o de comportamiento que la emergente nación inglesa imaginada por el bardo debe necesariamente erradicar y cuyo contagio debe a toda costa evitar. Shakespeare ofrece variados ejemplos de esta alteridad en sus *histories*. Uno de éstos lo constituyen aquellos personajes que se asocian en las obras con la práctica de la magia o de la brujería. La "superstición" no podía, o no debía, ser un elemento presente en la nación proyectada y, así mismo, esta nación no podía nacer bajo la influencia de un "otro" en posesión de poderes sobrenaturales. Así pues, los "magos", "nigromantes" o "brujas" que siempre pululan por los entramados de las obras históricas de Shakespeare sólo pueden tener un destino: el fracaso. Joan de Pucelle (en *1 Henry VI*) es incapaz de hacer uso efectivo de los conjuros y de los espíritus malignos que pretende usar contra el enemigo inglés. Glendower (el "mago" galés de *1 Henry IV*) también fracasa a pesar de (o quizás debido a) su propia consideración como un individuo "fuera de lo ordinario":

These signs have mark'd me extraordinary,
 And all the courses of my life do show
 I am not in the roll of common men. (III. i. 40-42)

La duquesa de Gloucester (esposa del Protector en 2 *Henry VI*) sufre el destierro y casi el repudio de su honorable marido una vez se descubre su plan de usar artes diabólicas para obtener la corona para su esposo. Con el destierro de este personaje, Shakespeare muestra cómo incluso los miembros de la aristocracia, aquéllos llamados a dirigir los destinos de la nación, deben ser purgados si hacen uso de malas artes en su camino hacia el poder.

Pero la magia, real o a modo de arma arrojada, también se puede construir para presentar como “otro” a alguien que hasta ese momento había representado el “yo” nacional. Esto es precisamente lo que el ladino Richard III hace para, de forma “legal”, deshacerse de la oposición del peligroso Hastings (hasta ese momento epítome de lealtad y de conducta honorable). Richard acusa a Hastings de conspirar con Mistress Shore y con la reina Elizabeth contra su propia persona, y llega al extremo de declarar que la deformidad de su propio cuerpo es producto de sus artes mágicas:

I pray you all, tell me what they deserve
 That do conspire my death with devilish plots
 Of damned witchcraft, and that have prevail'd
 Upon my body with their hellish charms? [...]
 Then be your eyes the witness of their evil.
 Look how I am bewitch'd; behold, mine arm
 Is like a blasted sapling, wither'd up;
 And this is Edward's wife, that monstrous witch,
 Consorted with that harlot, strumpet Shore,
 That by their witchcraft thus have marked me. (III. iv. 59-72)

Los franceses son los grandes “otros” en la mayoría de las *histories*. Lo francés se asocia con el exceso de confianza, con la arrogancia, y Shakespeare repetidamente presenta a personajes

franceses que recurren a las malas artes (incluso a la brujería, como vemos en las obras sobre Henry VI) con el fin de confirmar, mediante estrategias de diferenciación y distanciamiento, un potente sentimiento de nacionalismo inglés. Los irlandeses también aparecen en algunas de las obras como “otros”. Así, Richard II dirige una campaña contra los rebeldes irlandeses, a los que define en los términos siguientes:

Now for our Irish wars:
We must supplant those rough rug-headed kerns,
Which live like venom where no venom else
But only they have privilege to live. (II. i. 155-158)

Y es precisamente esta campaña la que marca el inicio de la derrota del débil monarca inglés: la extorsión que Richard realiza de sus nobles para financiar la expedición provoca el odio de su propia gente, y esto le impide gozar del apoyo necesario para abortar la rebelión iniciada en su propio reino. En este caso la ambición por derrotar al “otro” trae consigo la destrucción del propio “yo”. Lo irlandés también tiene su importancia en *2 Henry VI*. Aquí el pretendiente York es enviado a Irlanda para luchar contra los rebeldes y, lejos de culminar su misión, termina contando con el apoyo de éstos para derrocar al monarca inglés. Paralelamente a lo que acontecía con los franceses en otras ocasiones, en este último caso se emplea al “otro” en contra de lo que se asume como un “yo” corrupto. La cuestión irlandesa también está presente en *Henry V*, donde Shakespeare compara al victorioso rey que acaba de derrotar a los franceses con el general al servicio de la reina Elizabeth I que regresa a casa tras su triunfo sobre los irlandeses. En definitiva, lo irlandés (al igual que lo escocés o incluso lo galés—como veíamos con Glendower en *1 Henry IV*) se emplea como modelo de identidad alternativa con la que el individuo inglés debe medirse a sí mismo para así confirmar su propia superioridad. Ya hemos mencionado cómo las otras tres identidades “británicas” (escoceses, galeses e irlandeses) nunca se incorporan sin

problemas de fondo a la nación imaginada por los ingleses, ni tan siquiera en pasajes en los que, como en *Henry V*, se presenta la amenaza de un enemigo común, el francés, como posible elemento unificador. Como David Baker apunta en su estudio, la presentación ocasional de este sentimiento de comunidad entre las gentes que supuestamente componen "Gran Bretaña" siempre se realiza de forma tentativa, prudente, debido al peligro potencial de que estas identidades tan diversas entre sí terminen por amalgamarse y dejar de ser diferentes.

Pero sin duda los "otros" más característicos en las *histories* son, paradójicamente, aquéllos que imaginaríamos esenciales como componentes de la emergente nación inglesa: el vulgo. Las *histories* de Shakespeare son, esencialmente, aristocráticas. Shakespeare escribe sobre reyes y los nobles que los apoyan o se rebelan contra ellos, pero rara vez concede relevancia especial a las clases sociales más bajas. El carácter rebelde y posiblemente subversivo de Falstaff y de sus asociados en las obras sobre Henry IV y Henry V es finalmente rechazado y desterrado de la nación emergente (2 *Henry IV*, V.v. 46-51). La rebelión liderada por Jack Cade en 2 *Henry VI* nunca se presenta como una seria amenaza al orden establecido y, como Richard Helgerson defiende, la burla que el propio Shakespeare hace de los rebeldes en esta obra tiene el efecto de excluir a éstos totalmente de su proyecto de construcción nacional. La participación de las clases bajas en el desarrollo de las obras se permite tan sólo en la medida en que contribuyen a la definición identitaria de los nobles que sí son elementos esenciales de la nueva nación. Una vez cumplida esta misión, el vulgo es inmisericordemente excluido del proyecto. La supuestamente cualidad polifónica de la *histories* que otros críticos han defendido, la fantasía de comunidad e integración ensayada en *Henry V*, aparece tan sólo para ser finalmente rechazada. Y quizás sea éste el aspecto en el que el proyecto de construcción nacional de Shakespeare difiera de forma más clara de la nación imaginada en la literatura promocional del Nuevo Mundo. Al menos desde la pers-

pectiva del discurso utilizado, los escritos que desde Inglaterra alentaban expediciones colonizadoras al Nuevo Mundo hacían el esfuerzo de integrar a todos los componentes de la sociedad en su proyecto, incluso llegando en ocasiones a dar especial relevancia a los miembros de las clases más bajas que difícilmente podían ganarse la vida en la Inglaterra de la época. Sin embargo, también es cierto que sólo al final del período bajo estudio la principal audiencia de estos escritos promocionales dejó de ser el estamento aristocrático y las clases medias-bajas pasaron a constituir el objetivo de estos autores. Durante la década de los 1590, cuando Shakespeare compuso la inmensa mayoría de sus *histories*, el pueblo llano también era marginal para los propagandistas del Nuevo Mundo.

Religión

El elemento religioso es un componente primordial en cualquier proceso de construcción nacional. En su ya citado estudio, Claire McEachern llega a establecer la religión como la fuerza que de manera más determinante da forma a la identidad nacional inglesa durante este período. El cisma con Roma llevó a la iglesia anglicana a buscar estrategias de definición propia que le permitieran diferenciarse tanto del catolicismo como de cualquier otra manifestación de religiosidad protestante. La emergencia de una religión “nacional” se convirtió en un objetivo fundamental para la construcción de una nueva nación en la que esta “nueva” religión también tuviese la oportunidad de prosperar como tal. El aspecto religioso es también imprescindible en la promoción de las empresas colonizadoras inglesas dirigidas hacia el Nuevo Mundo, recurriéndose en muchos casos a la presentación de los ingleses como “salvadores” de unos habitantes nativos sometidos a la “herejía” de los españoles. Edmund Spenser también echa mano de la religión en su *View* para justificar el empleo por parte de los ingleses de una política dura en Irlanda; en opinión de los personajes de Spenser, la posesión por parte de los ingleses de la “verdadera”

fe y el carácter débil y manipulado de las convicciones religiosas de los irlandeses eran motivos más que suficientes para promover y dar legitimidad a cruentas campañas en el país vecino.

La religión es también un tropo esencial en las *histories*. Dentro de las múltiples formas que este tropo adopta en manos del autor inglés, quizás sea la condena al estamento religioso por entrometerse en asuntos terrenales de carácter político la que goce de mayor relevancia al considerar el proyecto nacionalista que aquí tratamos. En *King John*, Pandulph, representante de Roma en la corte inglesa, se erige como la figura clave en la confrontación entre los intereses de ingleses y franceses que da forma a la trama. Pandulph es el que instiga al monarca francés primero, y al delfín más tarde, a destronar a un monarca inglés que ha dañado los intereses de Roma en Inglaterra. Lo que al inicio de la obra aparecía meramente como un conflicto de sucesión dinástica se convierte con posterioridad en una suerte de cruzada religiosa contra el “hereje” inglés. En esta obra el poder de la iglesia está por encima de la autoridad del monarca, hecho éste corroborado por la rendición final de John ante las condiciones impuestas por Pandulph. Pandulph, la iglesia católica, logra “crear” una imagen de John como hereje sólo para hacer justamente lo contrario una vez que sus propios intereses han encontrado satisfacción. Así, la obra retrata el carácter de una iglesia católica peligrosamente en control de un poderoso discurso que potencialmente podría imponer sus intereses a los de la propia nación. De forma similar, aunque ahora a nivel doméstico, muchas otras figuras de carácter religioso aparecen en las obras como piezas clave en el desarrollo de la política nacional. Wolsey (*Henry VIII*), Winchester (*Henry VI*), el arzobispo de York (*Henry IV*) y Carlisle (*Richard III*) representan todos ellos a una institución eclesiástica que no duda en llevar a la nación a pactos, guerras y rebeliones en nombre de la ortodoxia religiosa que ellos mismos alientan. Causas que de otro modo difícilmente podrían ser defendidas

apelando al derecho de los pueblos adquieren un aura de legitimidad cuando se cimentan en aspectos de índole religiosa. Así, por ejemplo, se justifica que la rebelión de Hotspur en *1 Henry IV* haya fracasado por carecer ésta de cualquier objetivo religioso. O, como ejemplo de lo contrario, en *2 Henry IV* la rebelión liderada por el arzobispo de York aparece como más legítima debido a su carácter supuestamente pío.

La religión es un tropo también importante en la construcción retórica de la figura del monarca como tal. A Henry VI se le acusa de anteponer su religiosidad a los intereses de la nación, y su excesivo celo en el cumplimiento de sus deberes como cristiano le granjean las protestas de unos súbditos que lo consideran demasiado débil para el cargo. Richard II apela al “derecho divino” para salvaguardar su corona frente a los rebeldes que se la reclaman. A pesar de que mientras ha ocupado el trono Richard apenas ha hecho gala de tal “divinidad”, el asediado rey no duda en presentarse como si fuera Jesucristo cuando su poder se tambalea. Otro uso retórico de la religión destinado a promover el interés personal del individuo se puede observar en el comportamiento de Gloucester, futuro Richard III. Conocedor de la relevancia del componente religioso para sus aspiraciones de ocupar un trono que no le pertenece por derecho, Gloucester pone en escena todo su poder interpretativo para hacer creer al alcalde de Londres y a todos sus ciudadanos que el espíritu cristiano rige todos sus actos. El resultado final es que tanto el alcalde como todos los londinenses que lo acompañan terminan rogándole que acepte la corona. Tal y como frecuentemente ocurría en el contexto de la colonización del Nuevo Mundo, aquél destinado a ser sometido (el indio al otro lado del océano; el ciudadano de Londres en casa) es reducido a mendigar su propia sumisión basando tal ruego en factores del ámbito religioso.

Henry VIII marca un punto de inflexión determinante en este uso tropológico del elemento religioso. Aunque el poder

del cardenal Wolsey domina los momentos iniciales de la obra, al final esta posición de privilegio cede ante el interés de la nación. Al contrario de lo que ocurría en *King John*, en este último ejemplo de drama histórico shakesperiano la política se impone a la religión y el monarca aparece como el único responsable del control de la fe nacional. Esto no debe sorprendernos si tenemos en cuenta que el Henry VIII histórico fue el causante del cisma con Roma, decisión que llevó al monarca inglés a asumir el rol de cabeza visible de la iglesia anglicana. Así pues, con los Tudor la imaginada nación nacerá y permanecerá bajo el férreo control del monarca y las cuestiones relacionadas con la fe estarán totalmente subordinadas a este control. En la obra de Shakespeare Henry intercede en favor de Cranmer ante aquéllos que le acusan de propagar la herejía protestante a lo largo y ancho del reino, y es éste un gesto que claramente indica la dirección que la práctica religiosa ha de tomar en la nueva Inglaterra. El mismo Cranmer, en la profecía que en la pila bautismal hace sobre el futuro reinado de la recién nacida Elizabeth, dice otro tanto a este respecto:

God shall be truly known, and those about her
From her shall read the perfect [ways] of honor,
And by those claim their greatness, not by blood. (V. iv. 36-38)

No sólo el “verdadero” Dios, sino también el “verdadero” honor manarán del monarca en la nación que Shakespeare imagina en sus *histories*. Y este rol como fuente tanto de honor como de fe religiosa harán que Elizabeth, la reina de Shakespeare, se convierta en el gobernante más cargado de triunfos de su tiempo.

En este estudio he pretendido aislar y analizar los tropos mediante los que el discurso histórico de William Shakespeare da forma a la idea de “nación” en sus *History Plays* inglesas. Del mismo modo que hacen los autores de la literatura de promoción del Nuevo Mundo que escriben en esta época, Shakespeare recurre a los elementos retóricos de legitimidad, corruptibili-

dad, lengua, providencia, alteridad y religión para así contribuir a la construcción imaginativa del ideal de una nueva nación inglesa. A través de la puesta en escena de un período pretérito de la historia inglesa, Shakespeare apunta hacia los conflictos y negociaciones que se precisan para la configuración en ese momento presente de una nación en la que él, en sus facetas como dramaturgo de éxito, accionista teatral, e inversor inmobiliario tendría un papel de privilegio¹⁷. Al tiempo que dan forma a su proyecto de identidad nacional, estos autores, Shakespeare, Spenser y los promotores de la colonización del Nuevo Mundo, también dan forma a su propia identidad como individuos en un espacio y en un tiempo que potencialmente los predestinaban a triunfar dentro del contexto de la política internacional del Renacimiento europeo.

FRANCISCO J. BORGE
Universidad de Oviedo

Referencia bibliográfica

ANDERSON, B. *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*. London & New York: Verso, 1991.

ANDREWS, K. R. *Trade, plunder, and settlement: Maritime enterprise and the genesis of the British Empire, 1480-1630*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.

BAKER, D. J. *Between Nations: Shakespeare, Spenser, Marvell, and the Question of Britain*. Stanford: Stanford University Press, 1997.

(17) Son muchos los estudios biográficos y las monografías dedicadas al dramaturgo y poeta de Stratford. Por lo novedoso de su enfoque, así como por los nuevos datos que aporta a su estudio, se recomienda la lectura de STEPHEN GREENBLATT, *Will in the World: How Shakespeare became Shakespeare* (New York & London: W. W. Norton, 2004). Así mismo, es muy recomendable la consulta del aún más reciente estudio biográfico de JAMES SHAPIRO, *1599: A Year in the Life of William Shakespeare* (London: Faber and Faber, 2005).

BURKE, P. "Representations of the Self from Petrarch to Descartes" >PORTER, R., ed.:1997, pp. 17-28.

CRASHAW, W. *A Sermon Preached in London before the right honorable the Lord Lawarre*. London, 1610.

CUSHMAN, R. *A Sermon Preached at Plimmoth in New England, December 9. 1621*. London, 1621.

DOLLIMORE, J. y SINFIELD, A. "History and ideology: the instance of *Henry V*" > DRAKAKIS, J. ed.:1985, pp. 17-28.

DRAKAKIS, J., ed. *Alternative Shakespeares*. London & New York: Routledge, 1985.

EVANS, G.B., ed. *The Riverside Shakespeare*. Boston: Houghton Mifflin, 1974.

FARRELL, K. & K. SWAIM, Eds. *The Mysteries of Elizabeth I*. Amherst: University of Massachusetts Press, 2003.

GREENBLATT, S. *Will in the World: How Shakespeare Became Shakespeare*. London & New York: W. W. Norton, 2004.

HAKLUYT, R., ed. *The Principal Navigations, Voyages, Traffiques & Discoveries of the English Nation [1598-1600]*. Glasgow: James MacLehose and Sons, 1903-1905.

HAMPTON, T. *Writing from History: The Rhetoric of Exemplarity in Renaissance Literature*. Ithaca: Cornell University Press, 1990.

HELGERSON, R. *Forms of Nationhood: The Elizabethan Writing of England*. Chicago: The University of Chicago Press, 1992.

HOLDERNESS, G. et al. *Shakespeare: The Play of History*. Cedar Falls: University of Iowa Press, 1988.

HULME, P. *Colonial Encounters: Europe and the Native Caribbean, 1492-1797*. London & New York: Methuen, 1986.

KNAPP, J. *An Empire Nowhere: England, America, and Literature from Utopia to The Tempest*. Berkeley: University of California Press, 1992.

MARIENSTRAR, R. *New Perspectives on the Shakespearean World*. Cambridge: Cambridge University Press, 1985.

McEACHERN, C. *The poetics of English nationhood, 1590-1612*. Cambridge & New York: Cambridge University Press, 1996.

PARKS, G.B. *Richard Hakluyt and the English Voyages*. New York: American Geographical Society, 1928.

PATTERSON, A. *Reading Holinshed's Chronicles*. Chicago & London: The University of Chicago Press, 1994.

PORTER, R., ed. *Rewriting the Self: Histories from the Renaissance to the Present*. London & New York: Routledge, 1997.

RACKIN, P. *Stages of History: Shakespeare's English Chronicles*. Ithaca: Cornell University Press, 1990.

SHAPIRO, J. *1599: A Year in the Life of William Shakespeare*. London: Faber and Faber, 2005.

SPENSER, E. *A View of the Present State of Ireland*. (Ed. W. L. RENWICK). Oxford: Oxford University Press, 1970 [1633].